

# EL FÍGARO

SEMANAL DE LETRAS

Tomo II

SAN SALVADOR, DOMINGO 25 DE AGOSTO DE 1895

Num 18.

REDACTORES Y PROPIETARIOS:

Arturo A. Ambrogi Víctor Jerez

SECRETARIO DE REDACCION:

Isaías Gamboa

CO-REDACTOR:

J. Antonio Solórzano

## Inferi

A Arturo A. Ambrogi

Oh! no es la Providencia  
Quien se apiada ó se encona  
Fulminando terrible la sentencia  
Del malhechor que hiere la inocencia:  
Oh! no, la Providencia lo abandona.

Lo que le sale al paso,  
Lo que por una senda incomprensible  
Llega á asirle del brazo,  
Es su atentado horrible;  
Son las encrucijadas del acaso;

Es el cómplice mudo  
Que él, que cegó del crimen, no recuerda;  
Es su paso en la tierra, que él no pudo  
Borrar; la noche que creyó su escudo;  
Es el puñal, el tósigo, la cuerda.

Lo que le llama á juicio  
Es la lógica humana; el hecho inerte,  
Que abre ó cierra á sus pies el precipicio;  
Son las mallas cerradas de su suerte,  
Sea de impunidad ó de suplicio.

En cuanto á Dios, ni llora,  
Ni le aíra el malvado;  
No lo juzga; lo ignora:  
Dios es el bien y la inocencia, y mora  
Un cielo en que no saben del pecado.

El rige el infinito de la idea  
En que todo es perfecto; así le plugo.  
El hombre puede ir á l si Élo desea;  
Mas su alma es inmortal para que sea  
Inmortal, si delinque, su verdugo.

Dios no vio al malhechor que blasfemaba;  
Mas la chispa inmortal que lo animaba,  
Prendió en el malhechor su fuego eterno.  
A ese incendio moral que no se acaba  
Llaman las buenas gentes *el infierno*.

FRANCISCO GAVIDIA

## Crónica de la semana

—Buenos días, señorita!  
Y con este ramo de flores, va mi saludo cariñoso: mi saludo de regreso.  
¡De nuevo á vuestras órdenes, amigas mías!

\*\*\*

Nuestras tardes de invierno no han resultado como nos las esperábamos. Parecen de pleno verano, muchas; algunas, de puro invierno, eso sí. Generalmente á la lluvia se le antoja regalar la tierra con sus regaderazos saludables, bien entrada la noche. Es la lluvia la que nos arrulla, mientras dormimos, con sus canciones monótonas. Los jardines, los follajes, los *parterres* del Bolívar y los trastos de macetas de los balcones, reciben con gratitud el óvolo. Refrescan sus matices agostados; cobran como vida nueva, y al amanecer, se ostentan lozanas y lucientes las hojas, goteantes y húmedas las ramas, orgullosas y llenas de brillo las flores nuevas y los capullos tiernos. ¡El amanecer! Durante toda la noche ha llovido á mares; incesantemente la lluvia ha repicado, tamborileado á su gusto en nuestros cristales. El rayo ha zarpeado en el cielo negro y el viento ha tronchado ramas tiernas y ha gemido, como león herido, preso en los follajes robustos. Amanece. Ya el alba preludia su diana de triunfo. La luz temblorosa, incierta, blanda, inunda todo el cielo, mancha los árboles y prende abalorios de cristal á los aleros de las casas. La cúpula del templo cercano se anega regocijada en la claridad naciente, mientras la campana, da el primer repique. ¡Domingo! Ah!... El día en que el Creador descansó, después de concluída su obra. Para él, el día del descanso; para nosotros, el día del aburrimiento. El domingo es un día burgués, aburrido. Como que trae, como presea, un hastío indefinible, una vaga tristeza. Es el día de la gente del bronce, de la del barrio lodoso y la casucha mal parada. Ellos gozan. Vedlos si no, cómo llenan los tranvías de las líneas centrales. Allá van, alegres, decididos, camino de San Jacinto, Mejicanos, *La Garita*. Allá van, con el bolsillo lleno de dinero, el alma dispuesta al placer y la *mengala* colgada del brazo, á

pasar un domingo lejos de la ciudad, lejos del calor asfixiante, del ruido y de los gendarmes. Para ellos, el domingo. Viene este caballero vestido de negro, como si fuese á un entierro ó se contara entre los invitados á un bautizo regio, y tiene ínfulas de aristócrata. Es cursi, fuma recio y bebe coñac, hasta embriagarse. Grita, canta, va á las fondas, lo recoge la policía y va á parar al *palacio de cristal*. Allá viene el recatador, el que paga la multa y se lo lleva en desvencijado carruaje de alquiler: es Monseñor el Lunes, hijo del domingo, fastidioso como su padre y como él *cursí* y presuntuoso.

\*\*\*

Por las tardes, id al Parque de Morazán y gozad con los cuadros que ofrece. Los niños han hecho suyo ese paseo, echado casi á la indiferencia. Allí van todos, á jugar, á gritar, á correr. Es una jaula de pájaros nuevos. La algarabía es inmensa; el gorgojo salta en tropel argentino de risas inocentes. La rubiecita adorable, de talle espigado; la morenita de ojos de tuna y labios de fuego; la pálida, capullo de rosa the; el regozante bebé de ojos azules, que es el rey de casa.... Allí van todos. Es su lugar de cita. Ellos no pueden ir al Bolívar, porque cuando el concierto de las bandas militares empieza, ellos ya duermen. Vá la seriecita, la que ya tiene diez años, de la mano del papá ó al lado de mamá, con la capotita bajo el brazo y afectando aires de persona seria. El bebé nunca va al concierto; le haría mal el viento de la noche. Por eso, ellos van al Morazán, á la hora verde. Allí está el Coloso, el "hombre de bronce", viendo fijamente, con sus ojos muertos, desde lo alto de su pedestal de mármol, el grupo de chicos que hacen *de volatines*, dan *vuelitas de gato*, hacen *candeleros*, en los gramales; las niñas que saltan el cordel, y juegan á las pelotas, los jóvenes que corren en bicicletas y.... á los novios, que ven á la novia, asomada á los balcones.... Debe gozar "el hombre de bronce"; y creo yo mirar hasta plegarse su labio férreo para sonreír á unos ojitos azules, á una cabellera blonda, á unas mejillas frescas, á una naricita remangada y picarona, á unos lindos labios virginales.

\*\*\*

Edda.... Isaías Gamboa da ya los últimos toques á su poema. Es una obra hermosísima. Un poema de amor, lleno de recuerdos que remueven sus alas como palomas, lleno de caricias muertas y besos dormidos, lleno de sonrisas y lágrimas, de risas y lamentos. Me ha leído el amable poeta algunos retazos y me parecen deliciosos. Isaías es un poeta que siente y sabe hacer sentir: un artista exquisito y refinado. Su verso, íntimo, huele á azahar y es nevado y aristocrático, modesto y sencillez como una gardenia del trópico.

Edda! Toda una historia de amor! Un poema en que Eros, pasa batiendo sus alas de oro, bajo una gloria de luz. Edda!.... Amor.... Primavera.... Ensueño.... Edda! La gloria!.... El

laurel verde y simbólico!... El mejor verso!....

Una inteligente señorita, le dijo una noche á un amigo, en un paseo, una frase que oímos casualmente:

—“Dice Erico que Edda es un recuerdo!”

Si, señorita. Edda es un recuerdo; pero un recuerdo de esos que tienen su altar blanco é imperecedero en el santuario del alma. Verá Ud. cuando el poeta publique su poema, como esa Edda es toda luz, toda amor.... La musa blanca que ciñe el laurel del predestinado á la frente pálida del amado poeta.

\*\*\*

La redacción de *El Fígaro* envía al ilustre escritor Presbítero Doctor Juan Bertis, el más sentido pésame con motivo de la muerte de su apreciable hermano don Manuel.

\*\*\*

Se habla *sotto voce* de algunas bodas en el gran mundo. *El Fígaro* se alegra infinito y allá irá él, al templo, á dejar sus azahares á los pies de la novia afortunada y del noble doncel, vencedor en lucha galante.

Dar sus iniciales resultaría soso. Espere-mos poder decirlo todo: escribir con pluma empapada en esencia de nardo, el ideal romance de una vida nueva, llena de felicidad, que principia en el altar lleno de flores y cirios y á la diana que entonan los besos nupciales.

\*\*\*

Buxéns ha publicado ya el Elenco de la Compañía de zarzuela que vendrá á hacer pasar *malos ratos* al "Respetable...." Según algunos, la compañía no vale la pena; otros opinan que es una *buena cosa*, lo cual no creo yo ni que me lo juren. El repertorio que ofrece es el de siempre, de lo viejo: *Mascotta.... Marina.... Los Madgiars*, que ya nos tienen hartos.... Oh!.... ¡Y viene de Nicaragua!

*Cirrus, Stratus, Nimbus*, tres personas distintas y un solo *chroniquer* verdadero, limpia ya su pluma que empezaba á enmohecerse desde la partida de la malhadada *troupee* Julibert, y.....Allá veremos cómo sale.

¡Qué lástima que la Compañía de Opera Italiana, tan anunciada y tan desechada, y que casi estuvo á nuestras puertas, no haya venido á librarnos de este chubasco de mala música con que nos amenaza el cómico Buxéns!

\*\*\*

Y con mi firma, la postrer paletada de tierra en el sepulcro del que fue Emilio Banuet, actor cómico de la compañía Julibert y muerto en Santa Tecla el domingo pasado.

De seguro que no perdonó, aun en su última hora, al amigo *Cirrus*, que lamenta de corazón el tristísimo suceso.

CONDE PAÚL.

## Gota de ajeno

A Julio Flórez

Y tú, mi Fe, también ya quieres irte  
Y negarme tu luz?  
¡Oh, no te vayas; quédate! Muy honda  
Va á ser mi soledad, si faltas tú.

Esperanza, Ilusión... todos se fueron  
Para no volver más:  
Las aves, asustadas, abandonan  
El nido que azotó la tempestad.

Todas se fueron... Sólo tú quedaste,  
Sólo tú fuiste fiel,  
Sólo tú me acogiste entre tus brazos  
Y enjugaste mis lágrimas después.

Y hoy, tú también te vas.—¡Hija del cielo,  
No me abandones, no!  
¡Cúbreme todavía con tus alas,  
Acompaña en su duelo al corazón!

ISAÍAS GAMBOA.

\*\*\*

## Escuchando á Schubert

Schubert con su doliente serenata  
Y el pálido Musset, con su *Lucía*...

En el tibio *boudoir*, lleno de claridad color de rosa, lleno de flores y tapizado de sedas: tú y yo. En tu piano, lustroso y rico, el teclado desgrana una lluvia de armonías: Schubert solloza su sere-ta. Y, en un rincón, al amor de la chimenea, echado en un *chaise longue*, yo, que hojeo un libro: Musset con su *Lucía*. Y el balcón, cerrado. Fuera: llueve, llueve. El estampido cruel del rayo asorda el espacio. Las flores del jardín, tiemblan de miedo. Los pájaros se acurrucan en sus nidos, bajo la hojarasca tupida, buscando calor....

Ah!.....No ceses de tocar, amada mía, sigue. Corra tu mano acariciando el teclado. Gima, solloce, ría la nota. Abra sus alas, desabroche el pico de ámbar y cante la canción de los pálidos, de los enfermos de amor, de los inconsolables. Solloce Schubert, mientras fuera, canta la lluvia su rondel de triunfo. Solloce, gima, ría. En mi libro no está Musset con su *Lucía*; no: estás tú, como en mi alma, como en mis sueños.....

Solloce Schubert....Corra la onda fugitiva..... Vibre el ramaje, húmedo de rocío.... Desabroche su corcé de seda la rosa jovial.... Desate sus collares de ritmo ásperos la caja musical que ronda la calle solitaria.... Rompa en himnos triunfales el grupo de pájaros libres en el bosque virgen....

Yo, mientras tú tocas, cierro mi libro y recorro el poema, á medio escribir, de nuestros amores. Contemplo las viñetas: leo los versos escritos con tinta azul. La página, alba, lustro-

sa, huele á azahar nuevo.... Y de pronto, al volver una hoja, en que vibra la canción de un beso, doy con un rizo blondo y una flor seca. Son tuyos. ¿Recuerdas, cuando me los diste?.... Amada: deja el piano, ven á mi lado. Deja á Schubert; ven á mí.....

"Ah! ¡Esta flor que ya está seca! ¡Este rizo que está nuevo y oloroso aún! ..... Recuerdo cuando te lo dí ..... Oye.

"Tú eras mi novio.... Ja! ja! ja!.... Eras mi novio y rondabas las calles en mi busca, ibas á los almacenes á bailarme el oso, y me corrias la cuadra de casa.... ¿Recuerdas, picarón? El rizo y la flor te los di una noche. Conversábamos en el balcón. La luz del foco eléctrico, de pronto, se apagó, sumiéndonos en bienhechora obscuridad. Era la ocasión. Deslicé á tu mano un paquetito: era el rizo; y os di una flor que iba en mi corpiño, la que pasó á tu solapa: es ese cadáver. Tú me diste un beso ¡atrevido!... Mamá estaba allí, cerca del velador, leyendo un diario y mi hermanita, á su lado, hojeaba un libro lleno de cromos y viñetas. ¡Pero el beso fue tan suave, tan breve! No lo advirtieron, no"

Vuelve al piano, amada. Toca. Vuelva de nuevo Schubert á llenar nuestras almas de gratos recuerdos; vuelva el mago á acariciar con su lluvia de ritmos la bandada de ensueños azules, el enjambre de ilusiones color de cielo primaveral....

.....La conocí un domingo por la tarde, en el paseo. Bajo el toldo de seda de la sombrilla, reía su rostro de virgen adolescente é intacta. En sus ojos, vibraba la rima azul, vagarosa; en sus labios de mirtho nuevo, aleteaban los besos, se esponjaban las sonrisas.... Iba entre flores, en una estrecha avenida, bajo la sombra de los árboles, del brazo de la mamá, conversando y riendo. Mostraba con coquetería estudiada una doble hilera de perlas... El papá, sentado en un banco, leía un libro, descubierta la blanca cabeza, mientras la hermanita menor, sentada sobre la grama, arrojaba sonriente y feliz, migajas de galletas á la turba de gorriones pispiretos, que chillaban y comían haciendo una gran algazara.... Fue un domingo primaveral. El cielo estaba limpio, sin nubes, muy azul. Los follajes se movían regocijados y las mariposas tegían sus "Serpentinas" vistosas. Las flores, vestidas de fiesta, saludaban con sus aromas á los paseantes.... Y yo andaba, vagabundo, á caza de versos: junto á una azucena de cera sagrada, un gorrión tornasol, requiebra á una rosa.... Un pobre mirlo blanco, muerto junto á un grupo de violetas, rota la cabecita por un perdigón, con los ojitos abiertos y húmedos y el pico breve y transparente, listo como para emitir el gorgojo... Encontré esa tarde el mejor de mis motivos. Escribí el mejor y más primoroso de mis madrigales: junto á mí, que leo un libro, ella, que sentada al piano, hace sollozar á Schubert.....

¡La primera cita!... ¡La primera carta!... Las flores que pasan de tu corpiño á mi solapa....

Los rizos blondos.... Los pañuelitos de seda....  
 Los listones vaporosos.... El primer beso.... La  
 primer caricia... ¡El poema triunfal del amor!....  
 Ah! No ceses de tocar, amada mía. Sollo-  
 ce Schubert su doliente serenata, mientras en mi  
 alma aletea el enjambre alocado de los recuerdos  
 y siento sobre mis labios la sensación deliciosa y  
 embriagante de tus primeros besos, no borrados  
 todavía.

ARTURO A. AMBROGI

## Ojos azules

*A Salvador Díaz Mirón.*

Ojos lánguidos y ardientes  
 Que tanto y tanto os admiro,  
 Ojos de oro y de zafiro,  
 Como el mar, fosforescentes:  
 Chispas de sol relucientes  
 En que el firmamento miro,  
 Si por vosotros suspiro  
 Con el alma enamorada,  
 Dadme una sola mirada,  
 Ojos de oro y de zafiro.

Ojos de ardientes reflejos,  
 Ojos de aurina pestaña,  
 Ojos color de montaña,  
 Contemplada desde lejos.  
 Ojos que soís como espejos  
 Que jamás el llanto empaña,  
 Abismos de luz extraña  
 Que mi espíritu iluminan,  
 Vuestros destellos fascinan,  
 Ojos color de montaña.

Ojos que miro brillar  
 En mis noches de aflicción,  
 Ojos color de ilusión,  
 Que no me queréis mirar;  
 Ojos que hacéis palpar  
 Con violencia el corazón,  
 No desdeñéis la pasión  
 Que me oprime y me tortura,  
 Y miradme con ternura,  
 Ojos color de ilusión.

Brindadme con vuestro halago,  
 Corresponded á mi anhelo  
 Ojos que soís como el cielo  
 Reflejado en terso lago.  
 Vuestro mirar es tan vago,  
 Tan hondo mi desconsuelo,  
 Que sólo os pido en mi duelo,  
 Para el instante en que muera  
 Una lágrima sincera,  
 Ojos que soís como el cielo.

AUGUSTO N. SAMPER.

## PHYLYRA

(CUENTO HELÉNICO)

La opulenta Corinto está de fiesta. Los mer-  
 caderes del Archipiélago acaban de desembarcar  
 cincuenta jóvenes vírgenes traídas del hermoso  
 país de Itálica. Con este hecho ha coincidido la  
 venida de Terpsias, el doncel más apuesto de la  
 Hélada, el más galán de los hijos del Ática, que  
 anda en pos del myrtho que corona á los elegidos  
 de la Gloria. Y Terpsias da un banquete tan  
 opíparo como jamás la gran ciudad lo había visto.  
 Doscientos comensales se sientan á la mesa en  
 donde los succulentos manjares despiden apetito-  
 sos olores.

Las ánforas de Knido, repletas de exquisi-  
 tos vinos de Lesbos, de Maronea y de Flionte  
 quedan vacías en un instante. Y las bruñidas  
 crátheras de oro se chocan, y se pronuncian brin-  
 dis, y las bocas bermejas de cortesanas y donce-  
 llas sorben con delicia aquellos sabrosos vinos.  
 Los plectros de marfil arrancan notas dulcísimas  
 á las cuerdas de bronce de las liras, gimen las flau-  
 tas y suenan los címbalos. En los sócalos de  
 mármol de Paros que decoran el salón y en el  
 centro de la mesa descansan sobre jarrones de  
 alabastro ramilletes de flores blancas y racimos  
 de aromosos corimbo.

Terpsias, el anfitrión, por diez veces ha lle-  
 nado su cráthera en las ánforas de vino de Les-  
 bos, y ya se cree inspirado, ya sus cantos y su  
 nombre volarán unidos en alas de la Fama por  
 todo el Archipiélago, é invoca á Palas Atenea, la  
 rubia diosa de los ojos azules, y tomando el plec-  
 tro de marfil y la lira de bronce, canta al placer  
 y su canto, perdiéndose entre al bullicio de la  
 orgía, no repercute más allá de las puertas del  
 salón.

—En el amor está la inspiración y la poesía—  
 exclama entonces Terpsias, y fija sus grandes ojos  
 negros en Phylyra, la encantadora virgen de ojos  
 verdes como las ondas del Mediterráneo, de mejil-  
 las sonrosadas, como las manzanas de Eubea, de  
 cabellos rubios como las espigas de los trigos bere-  
 beres. Y Phylyra se extremece; su rostro toma  
 el color de la canela, y levantándose de su asien-  
 to, corre al lado de Terpsias, le coloca en las sie-  
 nes la guirnalda de laurel y myrtho, y con acento  
 dulce á la vez que imperioso, le dice:

—Hijo hermoso del Ática! el amor te hará  
 feliz! Ámame! Con mis besos, más dulces que  
 las mieles de la Hibla, los dioses te darán la ins-  
 piración que ansias. Ven!.....

Y Terpsias cae en los brazos de Phylyra. Y  
 aquella mujer bellísima le colma de besos la fre-  
 nte, las mejillas y los labios, le estrecha contra su  
 corazón, y separándose de él repentinamente, ex-  
 clama:

—¡Toma tu plectro y tu lira, y canta al A-  
 mor!.... Ya eres poeta!

La orgía sigue, y entre el chocar de las copas  
 y el chasquear de los besos febricitantes, Terpsias  
 pulsa la lira de cuerdas de oro, y canta al Amor;

mas las notas se pierden otra vez entre la algazara del festín

—Oh Phylyra!—murmura el apuesto heleno cayendo á las plantas de la bella—Tus besos más dulces que las mieles de la Hibla no han sido capaces de infudirme la inspiración que necesito para presentarme coronado de laureles en las plazas y jardines de Athenas, aclamado por las multitudes y admirado por los poetas y las vírgenes helénicas. Mis cantos de hoy son como á los de ayer. Mi plectro sólo sabe arrancar las mismas notas...; Oh dios Apolo, inspírame!...Quiero ser inmortal como Homero, como Eschylo, como Sófocles, como Píndaro, como Anacreonte.... En fin, quiero que mis cantos sean celebrados por las generaciones futuras.

—; Oh Terpsias, amado mío, cómo es posible que tú, el más bello y galante de los atenienses, no logres alcanzar la palma y el myrtho de la Gloria?—Has triunfado en las justas, á orillas del Alfeo, conquistando el olivo, por qué no podréis conquistar el laurel? Me amas? ¿qué harías si te abandonase?...Dijo Phylyra, y bajó los ojos, y quedóse pensativa.

—Oh! si tú me abandonarás, semi-diosa de la belleza—exclamó Terpsias—sería el sér más desgraciado del mundo. Te perseguiría como la sombra al cuerpo....; Oh dioses del Olimpo! no peimitais que Phylyra me abandone!....

Y Terpsias cayó tendido sobre la mullida zofra traída del lejano país de Arabia.

Phylyra le miró con ternura y murmuró en voz baja: "Me ama!" Y se perdió entre la multitud.

Cuando Terpsias volvió en sí, Febo sonreía en el Oriente y el salón estaba desierto. Sólo dos esclavos negros le cuidaban.

—;Voto á los dioses!—exclamó; no ha sido un sueño, nó! Phylyra me ha abandonado! Ha huido con algún cortesano de mis invitados. El Flionte y el Lesbos que me hicieron apurar tantas veces, alguna maldita sustancia, talvez algún narcótico infame contenía!..Infeliz de mí que me creí de las dulces palabras de aquella mujer encantadora!....

Y volviéndose á la estatua de Dyonyseo, el dios del tirso, coronado de pámpanos y yedras, que le mira sonriente, exclama:

—Basta ya de risa: la bacanal ha concluido. ¡Ya no te burles de mí!

Y se dirige á la puerta que ve al Oriente, y, sobresaltado, cree oír una voz que le dice al oído:

—Mira Terpsias: vé por calles y plazas con tu lira y tu plectro de marfil, y canta tu desventurado amor, y en robustas estrofas, imprecas á la pérfida mujer que te engañó. Las gentes te seguirán, execrarán á Phylyra y te aclamarán poeta.

—Oh! me aclamarán poeta,—se dice entre sí Terpsias—me seguirán las multitudes!....(y dirigiéndose á los esclavos): ¡Traedme la lira y el plectro!...Seguime.

Y se va por calles y plazas cantando sus desventuras é imprecando á la mujer ingrata.

Y los corintios lo ven, le oyen y pasan de largo. Uno que otro se dice para sí: Terpsias está enfermo: el vino le ha hecho daño." Las mujeres se ríen, y los niños le tiran piedras.

Cansado por fin, en los alrededores de la ciudad, se tiende bajo los verdes terebintos con la lira al lado, y se duerme soñando con la Gloria.

Phylyra, que le había seguido de lejos, se acerca paso á paso, se arrodilla cerca de él y le despierta con besos apasionados. Terpsias, sorprendido de ver tan cerca aquel rostro encantador que él creía tan lejos, exclama:

—; Es esto una realidad, un ensueño ó un delirio? ...Phylyra! Phylyra! eres tú?—Tú, la que en el festín me hizo cantar al placer y al amor, la que me embriagó con sus besos y más que con sus besos con un narcótico infame,...para dejarme enseguida....Yo creí llamar la atención con mis cantos desesperados; pero los ciudadanos corintios me creyeron loco, las mujeres se rieron y los niños me lanzaron piedras. ¡Phylyra! me amas?...no es verdad que me amas? (Phylyra hace un movimiento de cabeza afirmativo). Ven, acompáñame, vamos á lo más espeso de los bosques donde no lleguen ni los ecos de la burlona carcajada de la muchedumbre. Dejemos esa lira y ese plectro para algún elegido de los dioses. Para mí, la gloria eres tú, la Fama eres tú, la inmortalidad eres tú, el myrtho eres tú, sólo tú!.....

—El me ama, sí, en verdad me ama!, (se dice entre sí Phylyra) él será poeta; el dolor de perderme para siempre le hará cantar elegías llenas de profunda tristeza: el pueblo llorará con él.—I fijando sus ojos verdes en el rostro ya pálido del infortunado Terpsias, exclama:

—; Ah! Hijo hermoso del Atica! serás poeta! sí!..Cantarás á tu Gloria, á tu Fama, á tu inmortalidad, á tus laureles, á tu olivo....en fin á tu Phylyra, que ya se va....Y aquella bella mujer, traída del poético país de Itálica, de ojos verdes como las ondas del Mediterraneo, de mejillas sonrosadas como las manzanas de Eubea y de cabellos rubios como las espigas de los trigos bereberes, conocida en toda la Hélada con el nombre de Phylyra, cae sobre el césped, herida con un puñal que ella propia se clava sobre el corazón.....

Y Terpsias corre por las calles de Corinto, vuela á Delfos, é interroga al oráculo sagrado sobre si sus sienas llegarán á ser ceñidas por el myrtho, y la Pinoniza, girando tres veces, sobre su trípode, pronuncia esta tres palabras: "AGUILA NACE ÁGUILA!"

JUAN ANTONIO SOLÓRZANO.

## Lo que yo quiero

EN EL ALBUM DE VIRGINIA AMBROGI.

Yo deseo muchas cosas  
Para tu álbum delicado:  
El aliento perfumado  
De los lirios y las rosas;

Una endecha arrobadora  
Que en su rima limpia y clara,  
Con primor reverberara  
Los celajes de la aurora;

El matiz que la pradera  
En las tardes luce ufana,  
El fulgor de una mañana  
De la ardiente primavera.

Yo quisiera unos zafiros  
Puros, bellos, rutilantes. . . .  
Una lluvia de diamantes,  
Un concierto de suspiros;

El dulcísimo murmullo  
De las auras vespertinas,  
El fulgor de las colinas,  
La ternura del arrullo;

Suave esencia de las flores,  
Luz divina, luz del cielo,  
Rumor leve de arroyuelo  
Y el trinar de ruisseñores.

Del cantar de la paloma  
La ardorosa melodía,  
Y en la nota que extasia  
La plegaria del aroma. . . .

La blancura del armiño,  
La blancura que destella;  
Y fulgurando la estrella  
Sacrosanta del cariño.

JEREMÍAS MARTÍNEZ.



## Maurice Mæterlinck

Los hombres de buen sentido le consideran como un charlatán impertinente, y los críticos alienista buscan en sus versos el signo de la lecura literaria. Max Nordau, que es al mismo tiempo un hermano de Sarcey y un compañero de Lombroso, dice lo siguiente á propósito de *Serres Chaudes*: "Esta sucesión de palabras idiotas es curiosa para el psicólogo, porque le permite reconocer con claridad instructiva lo que sucede en un cerebro trastornado. La conciencia ya no elabora una idea fundamental. Las representaciones surgen tales cuales una asociación de ideas puramente mecánica las evoca. Ninguna inteligencia

trata de poner en orden el tumulto de imágenes que van y vienen, para separar las que no están unidas racionalmente entre sí, para suprimir las que se contradicen y para ligar de un modo lógico, en serie unitaria, las que son de la misma familia. . . ."

Los jóvenes, en cambio, le adoran y aseguran, con gravedad ingenua, que sus obras son superiores á las obras de Shakespeare.

Probar que los primeros se equivocan tanto como los segundos, no sería nada difícil; mas yo prefiero creer que todos tienen razón, y que las hipérboles de sus juicios contradictorios no son sino el resultado de dos puntos de vista exageradamente opuestos.

En efecto: desde el mirador ideológico de la razón práctica, el mundo en que se agitan los seres creados por Mæterlinck, aparece como la inmensa llanura de los locos, de los borrachos, de los desesperados y de los enfermos.—Ved sus poemas con las antiparras del Sentido Común, y todo en ellos os chocará. Las frases, las imágenes y aun las palabras os parecerán poco elegantes ó poco puras. Las ideas y las visiones, llegarán á causaros vértigos por lo imprevistas y sueño por lo monótonas. Si tenéis buen carácter, el libro os dará risa, y si sois irascibles os pondrá nervioso.

Pero cambiad de punto de vista. Olvidad las lecciones del señor maestro de retórica; no penséis en las herencias clásicas; salid de vuestras casas burguesas, y pedidles permiso á los adolescentes revolucionarios para asomaros un instante á las ventanas de sus castillos ideales. Desde allí todas las obras de Mæterlinck parecen bellas, majestuosas, geniales.—Ved: primero se presenta la divina *Maleina*, que viene huyendo de la tiranía paternal, en compañía de su nodriza; luego pasan los ciegos, en caravana, hacia la fuente de la Salud; detrás de ellos van los reyes asesinos mostrando las manos ensangrentadas; en seguida, las siete infantas se muestran en las almenas del castillo; por último, *Peleas* y *Melisanda* atraviesan la ruta de Amor en busca de la Muerte. . . . Y esas sombras, que viven lejos del mundo, lejos del espacio, llevan siempre, en los labios, una sonrisa, un juramento, una maldición, un beso, un quejido, algo, en fin, que es á veces ternura y á veces cólera, pero que nunca aburrimiento.

\*\*\*

. . . . Yo las he visto desfilan, unas detrás de otras,—á esas sombras queridas,—y siempre me han dejado en el alma una impresión de poesía inefable. Á las primeras las contemplé cuando todo lo raro me parecía bello; á las últimas las miré después de haber leído á Román. Hoy que las llamo por segunda vez para saber si sus figuras conservan aún, en mi memoria, sus esplendores legendarios, me convenzo de que ninguna de ellas tiene ya los colores de antaño. En vez de aparecerme como ser robusto, se me presentan como personajes intangibles. Más que símbolos de los Sentimientos y de las Ideas, se me figuran representaciones de ensueños vagos. El mundo

en que mis recuerdos las encierra ahora, no es un planeta grandioso de vida eterna, sino un delicado país de tapicería antigua. Entre ellas hay algunas que me conmueven con sus dolores y muchas que me seducen con sus actitudes; pero no hay una sola que me preocupe profundamente. A todas les digo: "Vuestros rostros tienen el encanto inefable de la vida ideal. Vuestras miradas son reflejos de amatistas fabulosas ó de esmeralda-inverosímiles. Vuestra sonrisa es ingenua y ardiente, porque sirve para acentuar la significación de vuestras palabras. El hada que os hizo nacer en ese mundo de cantares en que ahora os veo; fué una madrina poderosa y espléndida que supo proporcionaros, al mismo tiempo, la belleza exterior y la hermosura espiritual. Gracias á ella, no sólo sois las más exquisitas creaturas de un cuento azul, sino que también llagáis á parecer, en ciertos casos, los héroes de una tragedia conmovedora. Vuestra sangre no tiene el olor penetrante de la sangre humana, mas en cambio es muy roja y, al caer sobre las vestiduras virginales, causa el efecto de crímenes fantásticos. Seguid por vuestra ruta florida, sombras encantadoras; no hagáis caso de los hombres serios que os hablan de sentido común, y dejad que los adolescentes se pasmen ante vuestro esplendor místico." . . . .

\*\*\*

Luego he tratado de hacer entre ellas una selección, para no poner en mi museo ideal sino á la más hermosa de todas. Melisanda me pareció, al principio, digna de un marco de oro, y la hija del rey me hizo luego pensar en la dicha de poseerla exclusivamente; pero ninguna me sedujo, al fin, tanto como la princesa Maleína.

Hé aquí su historia:

Hjalmar es el heredero del emperador Hjalmar, y Maleína es la primogénita de rey Marcelo. Los dos monarcas piensan un día en lo grande que sería un domingo compuesto de todas sus tierras, y se deciden á unir á su vástagos con una cadena nupcial. Las fiestas comienzan. Todo va á pedir de boca. Los cortesanos hablan ya de próximo matrimonio. Las campanas de la ciudad no esperan sino una orden, para entonar los epitalamios de bronce. Hjalmar y Marcello comienzan á creerse abuelos de los mismos nietos, y sus labios sonríen ante el miraje del porvenir.—De pronto una disputa estalla entre ellos. El primero encierra á su hija en una torre; el segundo reúne á sus soldados y abre las puertas de su templo jónico.

La guerra es sanguinaria. Hjalmar triunfa, mata á sus enemigos y regresa á su reino, entristecido por la muerte de sus ilusiones. Ana le consuela.

Ana es una princesa sin Estados, que se refugia en el país de Hjalmar para seducirle, y que, después de conseguir su objeto, trata de casar á su hija Uglia con el heredero del reino en donde vive.

Maleína aparece, al fin, en compañía de una buena mujer que la salva del despotismo pater-

nal. Viene triste y pobre; viene con un traje de huérfana; viene en buscas de su prometido. Uglia la recibe bien sin saber quien es, y la nombra camarera suya.

Al principio Maleína no dice nada sobre su propio origen; pero cuando averigua que el rey trata de casar á su hijo con Uglia, se hecha á llorar y lo cuenta todo.

Los dos príncipes vuelven á ser dos novios ideales. Las nupcias se pregonan de nuevo. El pueblo se muestra sastifecho, y ningún cortesano se queja. Sólo Ana, que ve defraudadas las esperanzas de Uglia, jura vengarse, y hace, por medio de filtros diabólicos, que el mismo rey asesina á la novia de su hijo.

La sangre de Maleína cae sobre el reino como una maldición eterna. El rey se vuelve loco un instante después de cometer su crimen; Ana muere violentamente; el príncipe se suicida. Un cometa maléfico ilumina, desde el cielo, la hecatombe. En el espacio resuena el miserere de la venganza divina. La llanura se convierte en una inmensa sábana de púrpura. Las torres del castillo se desploman, y los árboles agonizan.—El domingo aparece, al fin, como una necrópolis fantástica en la cual sólo se ve la imagen siniestra de Hjalmar que tiembla bajo la máscara de la locura, y que señala, con el dedo, la eterna desolación de su Porvenir supremo.

ENRIQUE GÓMEZ CARILLO.

\*\*\*

## Sube!

A J. Antonio Solórzano.

Sube por esa luminosa escala  
Que tienes á la vista,  
Sube, eres poeta  
Y puedes, firme el paso,  
Llegar hasta la cumbre  
Donde brillan los astros inmortales,  
Los genios de la idea.

Eres poeta, sube,  
Sube con paso firme  
Esa escala de luz que te señala  
Con su mano circuida de brillantes  
La diosa del talento;  
Tú puedes penetrar en ese mundo  
Donde inmutables, á despecho viven  
De los pasados siglos,  
Los que supieron cultivar el Arte.

En tu camino regará la Fama  
Inmarchitables flores,  
Y la Gloria, pondrá sobre tu frente  
Que acarician las alas invisibles  
Del genio divinal de la poesia,  
Perdurables coronas de laureles.

ADOLFO MEDINA G.

## Consuelo

(De Longfellow)

Los que padecen honda desventura,  
Purificada el alma por el llanto,  
Después de largas horas de amargura,  
Puede darles alivio un amor santo.

Nunca en el hombre se ensañó el destino  
Haciendo que renuncie á la esperanza,  
Que á la mitad del áspero camino  
El bien de la amistad quizás alcanza.

Puede un amigo, bueno y generoso,  
Su pena compartir y su quebranto,  
Y decirle, entre pálido y lloroso,  
—“¿Cómo solo has podido sufrir tanto?”

ROMÁN MAYORGA RIVAS.

## El último wals

En el vasto salón, en giro alado  
Las luces, al quebrarse en mil reflejos,  
Sobre el terso cristal de los espejos  
Bañan tu busto blanco y satinado.

Suena el último wals; cerca, á tu lado,  
Echo al olvido mis pesares viejos.  
Las parejas se pierden á lo lejos  
Entre el ritmo del baile entusiasmado.

Qué alegre wals! Sus notas cristalinas  
Se derraman brillantes y ruidosas  
Al fulgor de las luces opalinas;

Resuenan carcajadas armoniosas  
Y cuando á hablarme sobre mi te inclinas,  
Siento el hálito dulce de las rosas.

VICENTE ACOSTA.

## A María Cay

Miré al sentarme á la mesa,  
Bañado en la luz del día  
El retrato de María,  
La adorable japonesa.

El aire acaricia y besa  
Como un amante lo haría,  
La orgullosa bizarría  
De una cabellera espesa.

Diera un tesoro el Mikado  
Por sentirse dominado.  
Por princesa tan gentil,

Digna de que un gran pintor  
La pinte junto á una flor  
En un vaso de marfil.

RUBÉN DARÍO

## Mis amores

A Erico

¡Amar un imposible! Yo he llegado á pensar que ese, ese mismo amor que no promete, es el amor que debemos abrazar, al que debemos asirnos, llenos de fé, como al pie tosco de una cruz protectora. Amor que no daña; amor que no desdeña y engaña; amor que no siembra en el alma virgen la adelfa de la blasfemia y la verbera de la desesperanza; amor que no da besos, ni pone en la mano el arma del suicidio. Ah! Ese es amor! El que no tiene código y ni condena injustamente á infierno al que por derecho merece el cielo. Amor de ensueño, que se presiente, pero que no se palpa; Musa ideal, que deshace el primer rayo de luz de la mañana que rompe el cristal del balcón; música que se apaga, cuando vibra la campana de la iglesia dando su primer toque y cantan diana las parvadas de pájaros del jardín.....

\*\*\*

Yo ya he experimentado ese amor. Tuve por algún tiempo una de esas pasiones. Se forjó mi fantasía una musa ideal, para la que eran todos mis ensueños. Tenía ella los ojos azules y lánguidos, como Lorelay; los labios rojos y sonrientes, como Suzzeta; las mejillas frescas y sonrosadas, como Manón y las manos delicadas y blancas de una duquesita y el seno erecto y mórbido, virginal y tímido de Colomba. Era la encarnación más hermosa que darse puede. Si mujer real hubiese sido, revolucionaría cerebros y heriría corazones. Pero milagrosamente, ella vivía no más en mi cerebro, no tenía rivales, ni en mi alma se enroscaban las sierpes de los celos, ni me mordían el corazón las aves negras de la duda. Ella se concervaba pura de todo contacto ajeno. No habían sentido sus labios las sensaciones de otros besos que no fueran los míos. Sus ojos no me veían más que á mí, con mirada honda; y sus manos sólo á las mías les era dado estrecharlas con pasión. *Eile*, la llamé. Más luego un amor mundano me hizo echarla, á ella, que yo creí inmortal, en el olvido ingrato. Otros labios borrarón de los míos la huella de aquellos labios ideales, y unos ojos, reales, muy negros y picarones, trastornaron mi cabeza. Y entonces para ésta y no para aquélla, fué el tesoro de todos mis ensueños. Le rimé versos, le envié cartas, hurté para ella flores en jardines ajenos, y.....Un día fatal, sollozante, desconsolado, echado de hinojos á sus pies, la llame; “¡ingrata!”

Y á esa mujer, luego, la eché al olvido también. Mi alma es una casa vacía; porque ha muerto la moradora.....Pero que no se alquila.

CONDE PAÚL

Imprenta Nacional.